LIBRO DE HECHOS

Lección 38, Capítulo 16 continuación

La importancia del capítulo 16 de Hechos es que corresponde a lo que los eruditos llaman el segundo viaje misionero de Pablo. En él vemos cómo Pablo amplía el alcance geográfico y étnico de su mensaje del Evangelio más allá de las zonas donde los judíos tenían colonias importantes, hacia regiones mucho más lejanas del vasto continente asiático. Esto no significaba en absoluto que hubiera dejado de evangelizar a los judíos; pero sí significaba que trataría con gentiles que estaban menos familiarizados con los judíos y, por tanto, con la religión judía. Una buena manera de entenderlo es pensar que la población gentil con la que Pablo trataría ahora era mayormente pagana, mientras que, durante su primer viaje misionero, una buena parte de los gentiles a quienes habló ya eran temerosos de Dios y, por ello, tenían cierto conocimiento de las Sagradas Escrituras, la historia judía y la Tradición y las costumbres judías (Halakhah).

Pablo viajaba con Sila, aquel representante judío del Concilio de Jerusalén que había sido enviado oficialmente con la carta que describía las condiciones mediante las cuales un creyente gentil podía llegar a ser miembro del Camino sin convertirse ni hacerse judío. Después de salir de Antioquía y llegar a la región de Derbe y Listra, Pablo reclutó a un joven de fe y madurez excepcionales para que lo acompañara. La semana pasada analizamos extensamente que, aunque muchos comentarios cristianos sobre Hechos suponen que Timoteo era un creyente gentil y que, por eso, la exigencia de Pablo de que fuera circuncidado era hipócrita —o, como dijo Juan Crisóstomo, «Pablo practicó la circuncisión para abolir la circuncisión»—, como les demostré, dado que se nos dice específicamente que la madre de Timoteo era judía, por la regla de descendencia matrilineal Timoteo nació judío, no gentil. Lo que ocurrió fue que, como sus padres estaban completamente asimilados a la cultura gentil local y su padre era gentil, Timoteo no había recibido la circuncisión requerida al octavo día de vida, según el mandamiento de la Torá. Así que, puesto que Pablo y Sila tratarían con varios grupos étnicos durante el viaje (algunos judíos y otros gentiles), y puesto que ya era controversial el tema del Evangelio de que Yeshúa era el Mesías y también Dios, ciertamente no necesitaban añadir asuntos secundarios, como que este hombre judío (Timoteo) no estuviera circuncidado. No hay indicio de que

Timoteo se opusiera; pero puedo asegurarles que tampoco disfrutó del procedimiento. A su edad era doloroso y peligroso; sin duda pasaron muchos días antes de que pudiera viajar físicamente con Pablo.

Como vimos en los versículos 4 y 5, los primeros encuentros de Pablo fueron con congregaciones de sinagogas donde ya había establecido un grupo central de creyentes. Pablo acostumbraba regresar de vez en cuando para visitar de nuevo a los grupos establecidos; pero sin duda también lo hacía para que Sila pudiera ver por sí mismo lo que el Espíritu, por medio de Pablo, ya había logrado entre los gentiles.

Los versículos 6 al 8 muestran una gran intervención directa del Espíritu Santo, especialmente en cuanto a dónde debían y dónde no debían ir los discípulos para difundir las Buenas Nuevas. De hecho, se nos dice que la intervención les «impidió» ir a la región de Bitinia y que, en cambio, terminaron en Troas, una ciudad portuaria.

Volvamos a leer una parte considerable de Hechos 16.

VUELVAN A LEER HECHOS 16:9 HASTA EL FINAL

En la ciudad portuaria de Troas, Pablo tuvo una visión. No fue otro contacto con el Espíritu Santo, sino la visión de un hombre de Macedonia que le rogaba que fuera a Macedonia y nos «ayudara» (ese «nosotros» seguramente se refería a los macedonios en general). Pablo supo de inmediato que los discípulos debían ir, y, por supuesto, las circunstancias dirigidas por el Espíritu los habían puesto exactamente en el lugar correcto y en el momento oportuno para tomar un barco que cruzara el mar Egeo rumbo a Macedonia. En términos actuales, estarían viajando a Europa; sin embargo, en los días de Pablo no se usaba el término Europa.

Quiero señalar algo que puede tener una aplicación práctica para todos nosotros, incluidos los gerentes, administradores y empresarios. Los viajes misioneros de Pablo muestran una metodología de planificación flexible. Es decir, su mentalidad combinaba una planificación cuidadosa con la disposición a permitir que Dios actuara como quisiera. El equilibrio entre esos dos elementos (la planificación y la guía divina) necesariamente variará según las circunstancias; y dependerá especialmente de si la actividad es secular o ministerial. Los planes seculares se inclinarán más hacia la planificación humana, mientras que el ministerio se inclinará más hacia la guía divina. Pero, en cualquier caso, un creyente debe incorporar ambos elementos en todas nuestras metas y actividades. Por lo general, el error consiste en no entender cómo distribuir esos dos elementos o en creer que solo uno es necesario. Por

ejemplo, en una empresa secular, la planificación a largo plazo y la adhesión tenaz al plan suelen ser el mejor camino hacia el éxito. Pero aplicar esa misma determinación y planificación rígida al ministerio es una receta para el desastre, del mismo modo que no planificar en absoluto terminará en decepción.

En Seed of Abraham es común que la gente me pregunte cuál es mi plan a cinco años; cuando les digo que cabría en una nota adhesiva, se preguntan cómo puede trabajar así alguien con experiencia en administración corporativa. Puedo decirles francamente que es muy difícil entregar las cosas a Dios cuando uno está acostumbrado a controlarlas. Siempre me ha interesado mucho el apóstol Pablo porque siento que tenemos temperamentos parecidos. Pablo es naturalmente aficionado al control (prefiero decir eso a «maniático del control»). Se expresa con firmeza y a veces llega a ser imprudente y ofende innecesariamente a la gente. Sin embargo, sus palabras son elocuentes y provocan reflexión, llenas de hechos e información. A veces Pablo se pone a la defensiva, pero siempre es decidido; no se angustia al tomar decisiones. Y cuando toma una decisión o hace una declaración, no vacila: está seguro de tener la razón. Pablo mira hacia el futuro; no vive en el pasado. Es un cruzado; nada lo anima tanto como defender a quien está en desventaja. Está dispuesto a llevar esa causa hasta el final, sin importar el costo. Pablo es dedicado y sincero: lo que ves es lo que hay. Pero no se desempeña bien en comités; es mejor dictador.

Eso no parece describir a una persona sensible al Espíritu Santo ni a alguien apto para servir al Dios de Israel; sin embargo, eso es precisamente lo que vemos aquí. Pablo lo planea todo de antemano; sus viajes misioneros no se realizaron de manera improvisada. Y no veo indicios de que alguien pudiera desviarlo de sus planes. No obstante, está listo y dispuesto a cambiar sus planes bien pensados para seguir la dirección de Dios siempre que el Espíritu lo confronte. Así que la lección para los creyentes es…planificar siempre, pero mantener esos planes con flexibilidad. Vagabundear por la vida como una pluma llevada por corrientes invisibles de aire turbulento no suele ser la mejor política. Pero tampoco suele ser buena idea hacer planes rígidos y seguirlos con una visión de túnel enfocada en la meta. El famoso Beatle John Lennon dijo una vez en una canción: la vida es lo que sucede mientras haces planes.

Por otro lado, decir que nuestras vidas son responsabilidad de Dios y luego rechazar la planificación en general, eligiendo vivir momento a

momento y dejando que el futuro se resuelva por sí solo, sin duda acabará produciendo profundos arrepentimientos, lágrimas amargas o incluso resentimiento hacia Dios (y tampoco mucho éxito). Tenemos nuestras responsabilidades y Dios tiene las suyas respecto a nuestras vidas; es una empresa conjunta. Pablo está lejos de ser perfecto, pero demuestra una capacidad extraordinaria —especialmente dado su temperamento colérico— para equilibrar una planificación estratégica inteligente y práctica con una actitud sensible y obediente hacia el Espíritu Santo. Eso se muestra claramente en estos versículos.

El versículo 10 revela algo sorprendente: resulta que Lucas, el escritor del libro de Hechos, está con Pablo, Timoteo y Silas en Troas. Este es uno de esos versículos en los que aparece **nosotros**, de los que hablamos la vez pasada. Observen que Lucas dice: «no perdimos tiempo en prepararnos para salir hacia Macedonia». Lo importante es que, al menos desde este punto del segundo viaje misionero de Pablo, gran parte de lo que leemos proviene de un testigo presencial y no de entrevistas ni documentos. Por eso, en ocasiones veremos más detalles durante el resto del capítulo 16 de los que estamos acostumbrados, porque Lucas participó en el viaje misionero y lo que vio no pasó por el filtro de la perspectiva de otra persona. También creo que podemos deducir razonablemente que Lucas nos ofrece la mejor perspectiva del Pablo histórico, es decir, de Pablo como persona. Esto es muy valioso cuando leemos las numerosas epístolas de Pablo que dominan el Nuevo Testamento.

Hablando de epístolas: en la costa occidental del mar Egeo, Pablo establecerá varias congregaciones de creyentes en lugares que nos resultan más familiares por los libros del Nuevo Testamento que llevan sus nombres. Allí encontramos las ciudades de Filipos (libro de Filipenses), Corinto (libro de Corintios) y Tesalónica (libro de Tesalonicenses). Junto con Berea —que Pablo menciona, aunque no hay una carta dirigida a sus habitantes que forme parte de la Biblia—, estos lugares y sus congregaciones de creyentes son como los radios de una rueda que parten de un centro: Éfeso.

Como todos los barcos comerciales dependían del viento, este determinaba la duración y, a veces, la ruta de un viaje por mar. Había 150 millas de Troas a Neápolis, travesía que los cuatro discípulos completaron en solo dos días; por tanto, los vientos eran favorables. Sin embargo, esos vientos favorables jugaron en su contra durante el viaje de regreso, pues Hechos 20 nos informa que tardaron cinco días en hacer la misma travesía en sentido inverso. Desde Neápolis, la siguiente parada

fue Filipos, ciudad que recibió su nombre del padre de Alejandro Magno. Filipos era una colonia romana; este término tiene un significado específico. Una colonia romana funcionaba bajo la religión y las leyes romanas. Filipos era una parada lógica para Pablo, tan organizado, porque tenía una población judía considerable, al igual que Tesalónica y Berea. Así que, después de unos días en Filipos, durante Shabat los cuatro discípulos fueron a un lugar donde les habían dicho que la gente se reunía para orar. Evidentemente, se trataba de oraciones al Dios de Israel, pues no habrían querido asistir a un servicio de oración a los dioses paganos. Nuestra CJB dice en el versículo 13 que allí se reunió un minyán.

Un minyán es un grupo de diez personas o más; se considera que diez es el mínimo para un servicio de oración apropiado en una sinagoga. La palabra minyán no aparece realmente en los textos griegos y no la encontrarán en otras Biblias en inglés; sin embargo, desde el punto de vista de la terminología hebrea, tiene sentido insertar aquí la palabra minyán. Especialmente en lugares alejados de una sinagoga, cuando llega la hora de una de las tres oraciones diarias, los judíos procuran orar en grupo, y ese grupo debe tener diez personas o más. Por cierto, los judíos no necesariamente exigen que todos los participantes de un minyán sean judíos. En un par de ocasiones, mientras volaba a Israel, judíos ultraortodoxos me invitaron a participar en la oración con ellos para completar un minyán (y lo hice con gusto), pues no había suficientes judíos en el avión para reunir diez. Y sí, sabían perfectamente que yo era gentil y cristiano. Por eso no debe sorprendernos que en el versículo 14 encontremos que muchas de las personas reunidas en aquel lugar de oración de Filipos eran mujeres. Una se llamaba Lidia y era comerciante de telas púrpuras.

Lidia era de Tiatira, región conocida por su destreza en la producción de telas púrpuras finas. El aspecto clave de este oficio era la elaboración del tinte púrpura y, para los judíos en particular, ese color desempeñaba un papel importante en los objetos rituales que incluían hilos y telas. De hecho, este tono específico de púrpura se llamaba en hebreo tejelet, y se requería para las cortinas de tela que separaban las cámaras interiores del Tabernáculo, así como para confeccionar los tzitzit y los efod. También se utilizaba en los flecos que colgaban de los bordes de ciertas vestiduras ceremoniales. No era fácil obtener ese color; la fuente más apreciada provenía de los moluscos múrice que se encontraban a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo. En Tiatira, sin embargo, el tinte se elaboraba con el líquido de una planta: la raíz de rubia. En definitiva, no sorprende

que Lidia se hubiera relacionado con los judíos locales, pues probablemente estaban entre sus mejores clientes.

Lidia creyó el mensaje de salvación en el Mesías que Pablo predicaba. Ya era temerosa de Dios, así que contaba con una buena base para comprender la enseñanza de Pablo sobre Yeshúa. Lidia debió de ser la cabeza de su hogar, pues el versículo 15 nos dice que, cuando ella fue sumergida, también lo fue toda su familia. Quizá era viuda o tal vez divorciada; no lo sabemos. Permítanme explicar algo que les ayudará a comprender lo que sucede aquí y que sigue siendo costumbre en las familias de Oriente Medio. La cabeza del hogar es reverenciada y tiene poder; dirige y puede tomar decisiones vinculantes para los miembros de la familia, de una manera que ha quedado obsoleta en Occidente. Por tanto, el resto del hogar sigue automáticamente la religión que adopte la cabeza de familia. Así que, respecto al bautismo de la familia de Lidia, no imaginen que todas esas personas tenían una fe sincera y profunda en Yeshúa como Señor y Salvador. La cabeza del hogar fue bautizada y comenzó a seguir al Mesías; por costumbre, los demás miembros de la casa estaban obligados a hacer lo mismo. Dicho de otro modo, la religión que adopta la cabeza del hogar se convierte automáticamente en la religión de toda la familia. Que un miembro del hogar se niegue a conformarse se considera una rebelión extrema y puede provocar una ruptura enorme.

Dentro de unos pocos versículos (en el versículo 31), comprender cómo funciona esta costumbre nos ayudará a entender lo que realmente sucedía cuando leemos lo siguiente:

Hechos 16:31 CJB

Ellos (es decir, los discípulos) dijeron: «Confía en el Señor Yeshúa y serás salvo, itú y tu familia!»

Este versículo ha dado lugar a una doctrina cristiana en algunas congregaciones según la cual, si la cabeza del hogar (por lo general un hombre) acepta a Yeshúa, Dios considerará salva a toda la familia. Esto es un malentendido. Más bien, se trata de que, en algunas sociedades antiguas y modernas, el hogar simplemente acepta lo que decide su líder. Tiene más que ver con la dinámica social de la familia que con la religión y la fe real.

Ahora creyente, la amable Lidia ofrece hospitalidad a Pablo y a sus tres compañeros. La hospitalidad era la virtud suprema no solo en Oriente Medio, sino en gran parte del mundo conocido. Pablo y sus amigos no se

alojaban en cómodas posadas al borde del camino mientras viajaban; dormían bajo las estrellas o en las casas de quienes les ofrecían hospitalidad. Así que no debería sorprendernos demasiado que una mujer de negocios acomodada les ofreciera su casa para hospedarse.

En el versículo 16, Lucas vuelve a incluirse en la historia cuando dice: «**íbamos** a cierto lugar de oración», y de pronto los discípulos se encuentran con una esclava que tenía un espíritu de serpiente. Sus dueños aprovechaban sus habilidades ocultistas y cobraban a la gente para que les predijera el futuro. Lucas fue, por tanto, testigo presencial del acontecimiento. Pero antes de continuar con esa historia, quiero señalar algo. Una y otra vez se nos ha dicho que las congregaciones se reunían en la sinagoga durante Shabat y que la Torá se leía ese día. Sin embargo, aunque Shabat era el «día principal» en que la mayoría de los judíos piadosos acudían a la oración y adoración comunitarias, no era el único día en que había oración, adoración y enseñanza. En la **Mekhilta Vayassa** leemos este informe revelador, que confirma lo que se conoce por la Tradición y otras fuentes judías:

«Por esta razón los ancianos y los profetas instituyeron la lectura de la Torá para el sábado y para el segundo y quinto día de la semana. ¿Cómo? Leían en sábado y dejaban pasar solo un día después del sábado. Luego leían el segundo día y omitían el tercero y el cuarto. Volvían a leer el quinto día y omitían el día anterior al sábado».

Así pues, es cierto que en los días de Yeshúa quienes seguían la Torá con mayor rigor acudían a la sinagoga tres días por semana para reunirse y escuchar la lectura de la Torá: Shabat, lunes y jueves. Los judíos ortodoxos de hoy van diariamente a orar y leer la Torá.

Ahora, sobre la esclava poseída por un demonio. Casi todas las traducciones inglesas de la Biblia traducen este versículo de manera un poco diferente. Algunas no dicen nada sobre un espíritu de serpiente, a diferencia de nuestra CJB; muchas solo mencionan un espíritu de **adivinación**. Pero, en realidad, el texto original dice que la muchacha tenía un espíritu de **pitón**. Traducirlo como «serpiente» está bien; omitir toda referencia a una serpiente no lo está, porque se pierde el impacto. Además, el término griego **pythona** no significa literalmente serpiente, sino pitón. Por tanto, la traducción más literal al inglés sería «tener el espíritu de una pitón». Estrabón, filósofo e historiador griego que murió aproximadamente en la misma época en que nació Yeshúa, dice que la pitón era la serpiente que custodiaba el Oráculo de Delfos, cuyo nombre

era Pitia. El Oráculo de Delfos no era una sola persona, sino un prestigioso cargo ocupado sucesivamente por mujeres griegas. Ella actuaba como sacerdotisa en el santuario de Delfos, y…esta sacerdotisa probablemente era la mujer más poderosa entre los griegos. En cualquier caso, estos pasajes de Hechos se refieren a una esclava de quien se decía que llevaba dentro ese mismo espíritu de Pitia, igual que el famoso y venerado Oráculo de Delfos. Por eso atraía tanto a los griegos, que pagaban mucho dinero a los dueños de la esclava para que les revelara el futuro. No cabe duda de que la muchacha estaba poseída por un demonio y de que lo sucedido fue real.

Saber esto nos ayuda a entender lo que viene después. La muchacha seguía a Pablo y a los discípulos, gritando que «estos hombres son siervos del Dios Altísimo y les están diciendo que tienen que ser salvos». En otras palabras, por molesta que fuera, decía la verdad. Pero, después de un tiempo, Pablo se cansó de esa actuación interesada y de aquel clamor interminable, y expulsó al demonio en el nombre de Yeshúa. ¡Como es natural, sus dueños quedaron horrorizados! Y estaban furiosos… con Pablo. Todas aquellas ganancias se habían esfumado. Así que los hombres agarraron a Pablo y a Sila y los llevaron ante las autoridades locales, que comprendían bastante bien a aquellos comerciantes. En lugar de acusarlos por lo que realmente había ocurrido (arruinar su negocio), afirmaron que Pablo y Sila eran judíos que causaban todo tipo de disturbios, alborotos y molestias a la población (hasta ese momento, los únicos que parecían molestos eran los comerciantes dueños de la esclava). Pero la acusación de incitar disturbios era delicada en el Imperio romano y se tomaba muy en serio. Los judíos tenían fama de provocar disturbios.

Lo que sucede a continuación se basa en una suposición incorrecta de los magistrados de la ciudad. La acusación de que Pablo y Sila eran judíos implicaba que no eran ciudadanos romanos. Estaban en una ciudad mayoritariamente gentil, donde la ciudadanía romana era la norma. Era raro que un judío fuera ciudadano romano; tan raro que los habitantes ni siquiera consideraron esa posibilidad. Al principio de nuestro estudio de Hechos hablamos de la condición de Pablo como ciudadano romano —algo que se menciona con frecuencia en el Nuevo Testamento— y de que era realmente excepcional. Su ciudadanía podía remontarse a la familia de su padre, que al parecer eran aristócratas judíos de posición suficientemente elevada como para que algún alto funcionario del gobierno romano les concediera ese estatus. Así que Pablo nació ciudadano romano y llevó una

vida privilegiada. Por eso no le costaba enfrentarse a políticos locales, otros aristócratas e incluso reyes. Sabía comportarse, sabía qué palabras usar, conocía sus derechos legales como ciudadano romano y cómo exigir justicia. Dios había elegido exactamente al hombre adecuado para ser el principal evangelista entre los gentiles del Imperio romano.

Por alguna razón, Lucas y Timoteo pasaron inadvertidos para las autoridades y no fueron procesados. Sospecho que se debió a que Lucas era claramente gentil y Timoteo probablemente parecía gentil por los rasgos físicos que heredó de su padre gentil. Sin duda, Pablo y Sila parecían semitas.

La multitud reaccionó como en un frenesí y los jueces actuaron conforme a sus deseos: golpearon a Pablo y a Sila y los arrojaron a la cárcel. ¡Cómo se atrevían unos no ciudadanos romanos a decirles a los ciudadanos romanos cuál debía ser su religión! Había que darles una lección, así que los encadenaron en el cepo. Pero, como ocurre con frecuencia en la obra del Señor, cuando Él decide que la justicia humana va en contra de su voluntad, revoca las decisiones de los hombres. Cerca de la medianoche, mientras Pablo y Sila oraban, la tierra comenzó a sacudirse y retumbar con tanta violencia que las cadenas se soltaron de Pablo, de Silas y de todos los demás presos que estaban con ellos.

Además, todas las puertas de las celdas se abrieron de golpe. El carcelero, sobresaltado, despertó de un sueño profundo y descubrió que la cárcel estaba abierta. Decidió quitarse la vida, pues le parecía lo único honorable que podía hacer: sabía que de todos modos ese sería su destino. Supuso que todos los presos habrían dado gracias a su buena suerte y habrían huido alegremente en la noche. Pero, en cambio, oyó una voz tranquilizadora desde la oscuridad de las celdas que le decía que no se hiciera daño, porque todos seguían allí.

El carcelero, asombrado, cayó delante de Pablo y Sila y preguntó: «¿Qué debo hacer para ser salvo?». Es difícil saber exactamente qué tenía en mente cuando pronunció esas palabras. Quizá había oído hablar a Pablo y Sila del «camino de salvación» mientras recorrían las calles de Filipos y, aunque no comprendía bien qué significaba, quedó tan impresionado por el porte y el valor de aquellos dos hombres que quiso tener lo que ellos tenían. Pablo le explicó al carcelero asombrado que la fe en Yeshúa lo salvaría a él y a toda su familia (ya hemos hablado de lo que esto significaba en el contexto de aquella época). Como sabemos que Lucas no estaba encarcelado con Pablo y Sila, está resumiendo lo que le contaron sobre el incidente, por lo que sin duda faltan algunos detalles.

El carcelero tenía pocas maneras de agradecer a Pablo y Sila sin limitarse a liberarlos, algo que habría provocado su propia ejecución. Así que respondió lavándoles las heridas y dándoles todo el consuelo que las circunstancias permitían. También se nos dice que enseguida fueron sumergidos el carcelero y toda su familia. Parece que el carcelero asumió un gran riesgo personal y llevó a Pablo y Sila a su propia casa; en algún lugar cercano, Pablo y Sila los bautizaron a todos. Después compartieron una comida. Observen que habían ido a la casa de Lidia, la gentil temerosa de Dios, y ahora hacen lo mismo con el carcelero, cuyo nombre no se menciona. Sin la resolución del Concilio de Jerusalén y sin el encuentro de Pedro con Dios y con Cornelio, que dejó claro que los gentiles podían ser ritualmente limpios, estas dos escenas de hombres judíos comiendo en casas de gentiles y aceptando su hospitalidad habrían sido imposibles.

A la mañana siguiente del terremoto, los magistrados de la ciudad enviaron hombres para liberar a Pablo y Sila, sin duda pensando que ya habían puesto en su lugar a aquellos judíos. Las cicatrices de los azotes serían permanentes, y la humillación y el dolor de la cárcel deberían haber bastado. Pero Pablo, el cruzado, no iba a dejar que el asunto quedara así ni a conformarse con que la prueba hubiera terminado. Quería que los hombres que les habían hecho aquello injustamente reconocieran su falta y se disculparan en persona. Por eso decidió revelar que era ciudadano romano y que no había recibido un juicio, sino que lo habían azotado sumariamente y encarcelado. Eso iba estrictamente en contra de la ley romana.

Los magistrados se quedaron sorprendidos y asustados cuando les llegó el mensaje de Pablo; ellos mismos podían perder sus prestigiosos cargos si el gobernador provincial se enteraba de aquella injusticia contra un ciudadano romano. Así que se tragaron el orgullo y fueron personalmente a ver a Pablo y Sila. No se nos dice qué les dijeron a los discípulos, pero sí les pidieron que abandonaran la ciudad. El asunto se había hecho tan público que la gente de Filipos sabía lo que sucedía, pero eso no cambiaba nada: los habitantes estaban resentidos porque aquel judío los había privado de su muchacha especial, poseída por el espíritu de pitón y capaz de predecir el futuro, algo que sin duda daba a la ciudad cierto orgullo y notoriedad. Los comerciantes habían perdido para siempre su lucrativo negocio. Y los habitantes seguían disgustados porque les habían dicho que la religión de los judíos era correcta y la suya equivocada. Así que los magistrados pidieron (educadamente, imagino) que los discípulos abandonaran la ciudad. Pablo y sus compañeros accedieron y luego

regresaron a la casa de Lidia, probablemente para recuperarse de lo ocurrido.

Después de reunirse allí con muchos de los creyentes, siguieron su camino. Acompañaremos a los discípulos a su siguiente destino en el capítulo 17 de Hechos.